** Más allá del Matriarcado**

*Beatriz Eugenia Becerra Vega\**

Me atrae acercarme, acercarnos brevemente al tema del Matriarcado, para explorar tal vez algo desconocido, atrayente, estimulador, ya que llevamos siglos de vivir inmersas en sociedades e iglesias patriarcales y haciendo referencia en Teología a la Patrística, en Biblia a los Patriarcas y hasta en el arte nos fascinamos con obras que son Patrimonio común de la humanidad.

Cuando hablamos de patriarcado, patriarcal, lo escuchamos como una denuncia del predominio del padre, señor o “kyriarcalismo” que dice Elizabeth Shüssler Fiorenza[[1]](#footnote-1). Cuando nos referimos a la Biblia, hablamos de los Patriarcas como padres en la fe, pero luego, el feminismo ha venido desempolvando el protagonismo de las matriarcas en los orígenes de la humanidad, así como en los orígenes de las religiones y representaciones de las divinidades primitivas.

Ahora, si vamos a algunas definiciones de la palabra “matriarcado”, nos encontramos con algunas incomodidades, ya que la raíz viene del latín “máter, madre” y del griego “archein-gobernar”, por lo tanto, haría referencia a una sociedad gobernada por mujeres o que por lo menos mostraría el predominio de la autoridad de las mujeres.[[2]](#footnote-2)

Aunque hay también quiénes la colocan a otro nivel, como la mujer que por su edad y sabiduría posee autoridad y es la más respetada en una gran familia o comunidad; ciertamente esto nos induciría a matizar distintas modalidades de la autoridad, pero no es el propósito de nuestro tema. Sin embargo, sí resulta significativo el que no haya datos para concluir que las sociedades en las cuales los hombres no dominaban a las mujeres, eran sociedades en que las mujeres dominaban a los hombres.

Esto me lleva a pensar que la importancia de nombrar, de recuperar a las matriarcas que nos antecedieron, no es con el fin de reproducir la contraimágen del patriarcado, sino más bien, para visibilizar, honrar y hacer justicia histórica y desde ahí, dar el salto a nuestro presente, inspirándonos para construirnos, nombrarnos, levantarnos, celebrarnos.

A propósito de este planteamiento, me gusta traer a la memoria lo que tan bellamente aprendimos, nos inspiró y practicamos desde la década de los 70 del siglo pasado, con el gran maestro y pedagogo Paulo Freire en la “Pedagogía del Oprimido”: y es la fuerza transformadora que posee el conocer, nombrar, desenmascarar, rechazar las actitudes y comportamientos del patriarcalismo, no del varón como tal, para no reproducirlas, para no darle la vuelta a la tortilla. Inclusive, para estar, como mujeres permanentemente atentas para desenmascarar y expulsar los fuertes y sutiles introyectos que están tan firmemente asentados en cada una de nosotras, así como en nuestros colectivos e instituciones.

Sería también un gran aliciente para descolonizar la imagen de Dios todopoderoso, omnisciente, el Dios de fuera, lejano, inaccesible, juez implacable, obsesivo sexual, que sólo exige sacrificios, que culpabiliza implacablemente a la mujer y en cambio abrirse al Dios que se encarna en lo pequeño, que escucha y que le duele el sufrimiento de las personas débiles, el Dios humano que es víctima de la brutal tentación de poder, el Dios del amor gratuito e incondicional, el de la alegre misericordia, el que dignifica sin cesar a las mujeres.

Resulta alentador evocar el protagonismo de las divinidades femeninas de los orígenes de la humanidad, de las religiones, así como las mujeres que han atravesado la historia, la ciencia, la espiritualidad y que luego nos han sido arrebatadas e invisibilizadas para que no alboroten el predominio del patriarcado. Sin embargo, el desempolvarlas, el releerlas, el honrarlas, es para prolongar su aliento, su energía dinamizadora, revoltosa, transgresora y dejarnos acompañar por ellas en el cuidado de nuestros sueños.

En la mitología griega y romana tenemos a Atenea, Hera, Deméter, Atargatis y Dea Syria. La Diosa cananea Astarté o la sumeria, La Diosa del Árbol de la Vida.[[3]](#footnote-3)

Algunas matriarcas de la Biblia hebrea: Sara, Agar, Rebeca, Lía, Raquel, Bilhá, Zilpá, Dina, Tamar.[[4]](#footnote-4)

Y las místicas, filósofas y teólogas: Hildegarda de Bingen, Gertrudis de Helfta la grande, Teresa de Jesús, Sor Juana Inés de la Cruz, Anna María van Schurman, , Maríe de Gourney, Ángela de Foliño, Catalina de Siena, Edith Stein, Simone Weil.[[5]](#footnote-5)

El recuperar a nuestras Diosas y Matriarcas es para empujar el nuevo paradigma evolutivo, para hacer el tránsito milenario del matriarcado y patriarcado hacia el paradigma “genérico-holístico, donde la diferencia no se equipara necesariamente a la inferioridad o la superioridad. Es superar la jerarquización de la humanidad, la mitad de una parte sobre la otra”.[[6]](#footnote-6)

Y aquí me surge la pregunta: ¿Por qué plantear el antagonismo y la superioridad entre el ser que gesta, alberga, que da la vida y la nutre y el ser que muchas veces, haciendo alarde de un poder distorsionado, insano, violento, guerrerista, excluyente, aniquila la vida? ¿Por qué una parte de la humanidad se atribuyó lo absoluto de la razón y del pensar, del decidir, del legislar, del gobernar e incluso de ser los únicos mediadores de la divinidad, a costa de subyugar, despreciar, excluir, maltratar, abusar, violentar a la otra parte de la humanidad? Cuando nuestros ancestros, ya desde el neolítico, representaban el poder divino en forma femenina, apoyados en la observación de la vida que emerge del cuerpo de la mujer.

“A partir de ahí empezaron a imaginar el universo como una gran Madre bondadosa, valoraron las cualidades femeninas del cariño, la empatía, la compasión, la no violencia, muy lejos de una estructura que venerara a un Padre divino que empuña un relámpago y/o una espada”.[[7]](#footnote-7)

Por eso hoy queremos convocar a nuestras Diosas y Matriarcas ancestrales, que hoy nos habitan y habitan en los entresijos de la historia, de nuestras ciudades y de nuestros pueblos, de grupos humanos alternativos, con ciudadanía adulta, que habitan también en los surcos y en la choza del campo, en las oficinas, las fábricas, la maquila, escuelas, universidades, iglesias, en los vericuetos y precipicios de las barriadas, bajo los puentes, las de los márgenes y las de la periferia, las de las maras y ¿por qué no? también en los espacios de placer, de esparcimiento, en los cuerpos habitados y deshabitados, en los que se levantan y en los que aún están dormidos.

Entonces, queremos afirmar que no queremos ni matriarcado ni patriarcado, sino la danza rítmica, poética, sugerente, apasionada, tierna y cariñosa, respetuosa, placentera, paradójica e incluyente de los cuerpos que aletean y energetizan todo el Cosmos, devolviéndole su vocación originaria de armonía, de justicia y paz para todas y todos.

\*Teóloga, Profesora y acompañante, miembro del Núcleo Mujeres y Teología.

1. cf. “Cristología feminista crítica”, Ed: Trotta, pág. 16 [↑](#footnote-ref-1)
2. cf. Wikipedia [↑](#footnote-ref-2)
3. EISLER, Riane, “El Cáliz y la Espada”, ed: Pax México 1997, pág. 98. [↑](#footnote-ref-3)
4. [www.benedictinescat.com](http://www.benedictinescat.com) [↑](#footnote-ref-4)
5. Cf. En CHIAIA, María: “El Dulce Canto del Corazón”, Ed Narcea 2006 y en FORCADES, Teresa: “La Teología Feminista en la Historia”, Fragmenta Editorial, 2011. [↑](#footnote-ref-5)
6. cf. Op. c. EISLER, págs. Introducción XXV, 25-27, 30, 44 y 119. [↑](#footnote-ref-6)
7. EISLER op. c. [↑](#footnote-ref-7)